

discipulo, enviado por él á aquella ciudad: Pedro consolidó la dignidad de la de Antioquia, ocupándola siete años, aunque para salir de ella después; así pues no hay mas que una Silla del mismo Apóstol, en la que no obstante presiden hoy día tres obispos por la autoridad divina (1).»

Por las mismas causas escribió tambien al emperador, porque le producian la mayor inquietud, como puede juzgarse por la viveza de las imágenes y de las espresiones que emplea. Dice así:

«Toda la Europa se halla hoy entregada á los bárbaros, arruinadas las fortalezas, destruidas las ciudades, las provincias asoladas, las tierras incultas y la vida de los fieles en manos de los bárbaros. Roma, en otro tiempo señora del mundo, abrumada hoy de desgracias y de oprobios, abandonada por sus ciudadanos, insultada por sus enemigos, no puede ya aguardar sino su completa destruccion. ¿Qué ha sido de la magestad del imperio, del senado, del pueblo romano, de aquellos cuestores y procónsules que se derramaban por las provincias para traer de ellas el oro, y los laureles, y los mas preciosos y célebres monumentos? Pero ¿por qué nos detenemos á hablar de los hombres, de suyo frágiles y deleznales? Aquellas murallas y edificios que parecian igualar la duracion de los siglos, no ofrecen ya á la vista mas que un monton de ruinas. Y sin embargo los obispos, en vez de verter lágrimas cubiertos de ceniza, solo piensan en añadir nuevos títulos á su vanidad.»—Haciendo luego alusion al esterior mortificado de Juan de Constantinopla, prosigue: «Nosotros destruimos con nuestros ejemplos lo que predicamos de viva voz. Están estenuados nuestros huesos con el ayuno, y nuestro espíritu rebosa de orgullo. Bajo de unos vestidos despreciables tenemos el corazon lleno de soberbia. Dormimos en el duro suelo, y queremos dominar; y ocultamos la voracidad de lobos bajo el esterior manso de la oveja.»—Hablando despues del interés de la fé en esta controversia, añade: «No es mi causa la que sos-

(1) Lib. 4, Ep. 33.

tengo, sino la causa de la Iglesia universal. Muchos obispos de Constantinopla han sido no solamente hereges, sino tambien herejarsias, como Nestorio y Macedonio. Si pues el que ocupa esta Silla fuera obispo universal, la fé de todo el episcopado podria faltar en su persona y caer con él toda la Iglesia. En cuanto á mí, me glorío de ser el siervo de todos los obispos mientras vivan como obispos; empero si alguno quiere erguir su frente contra Dios, confío que él no bajará la mia, ni aun con la espada (1).»

En estos términos se espresaba este gran Papa, que tomó ese mismo título de *siervo de los siervos de Dios*: abatimiento glorioso y que sus sucesores reputaron digno de eterna imitacion. Escribió tambien sobre esto á la emperatriz Constantina, á San Eulogio de Alejandria y á San Anastasio de Antioquia, muy interesados en este punto por su cualidad de patriarcas. «Si se le permite usar de este título, les dice volviendo á lo que mas le conmovia, no solo se degrada á todos los patriarcas, sino que cuando el que se llama universal caiga en el error, no habrá en el episcopado apoyo alguno á la verdad.»

En la Epístola á la emperatriz parece recelar la hayan preocupado contra él. Ella le habia pedido reliquias; pero el santo doctor no aprobaba el método, ya comun entre los griegos y desconocido todavia á los occidentales, de tocar á los cuerpos de los Santos para dividirlos ó solamente para hacer su traslacion. Todas las reliquias de los santos Apóstoles que enviaba la Iglesia romana consistian en lienzos espuestos algun tiempo sobre sus sepuleros, ó á lo mas en algunas limaduras de sus cadenas, y esto cuando se podian sacar. Segun esta misma carta de San Gregorio á Constantina, se pedian muchas veces estas limaduras de

(1) Lib. 4, Ep. 32.

hierro, tenidas por mas preciosas que el oro y las pedrerías. Tomando la lima el Pontífice, las sacaba algunas veces á la primer tentativa, y otras hacia muchos esfuerzos sin conseguir nada. «Si pues llego á sacarlas, escribe el Santo, os remitiré al punto algunas particulas de las cadenas que San Pablo tuvo al cuello y en las manos, las cuales obran muchos prodigios (1).» Cuando habla á las claras de las pretensiones del Patriarca Juan, dice (2): «¿cuán triste es para Nos, que á fin de alejar las mas grandes calamidades, nos veamos precisados á agotar de continuo nuestra iglesia! ¿Cuán duro es para mí el que apenas soy en Roma mas que el tesorero de los lombardos, parecido al que tiene el emperador para su ejército de Rávena! ¿Cuán triste y doloroso el arrastrar todo el peso de la afliccion de todas las iglesias, que humilladas y consternadas lloran sin cesar á vista del orgullo de un solo obispo! Es cierto que las faltas de Gregorio merecen bien este castigo; pero el Príncipe de los Apóstoles no tiene pecados que merezcan acarrearle esta injuria.»

No surtieron efecto alguno las instancias del Santo Pontífice, y el patriarca de Constantinopla defendió su orgulloso título hasta su muerte, que ya no estaba muy lejos. Ademas de su austeridad, que le mereció el nombre de Ayunador, pareció tan desprendido de los bienes y comodidades de la vida, que despues de su muerte no se le encontró mas que una camilla de madera, un mal cobertor de lana y un solo manto; débil apologia en verdad, si carecia de motivos mas convincentes que este simulacro de virtud, para dejar solo á Dios el juicio de lo que pasaba en su corazon. Venéralo la iglesia griega como Santo. El título de patriarca ecuménico no se sepultó con

él, sino que lo heredó su sucesor Ciriaco, hombre pacífico y sencillo, que sin duda no hubiera tenido valor para tomarlo y que tampoco le tuvo para dejarlo: tan general es el amor á los honores, cuando se cree defenderlos por el interés de su dignidad, mas bien que por el de su persona. No quiso sin embargo San Gregorio romper la unidad por este motivo, y aun hizo una acogida extraordinaria á los diputados de Ciriaco, que llevaron á Roma sus cartas y su profesion de fé. Habia encontrado muchas buenas cualidades en él desde el tiempo en que fué legado en Constantinopla, y le repitió sus antiguos testimonios de amistad; lo que con todo no le estorbó prohibir á su nuncio que celebrase la misa con él, recelando que pareciese aprobar por su demasiada condescendencia una pretension que creyó siempre altamente reprehensible.

Interin este gran Papa estendia asi sus cuidados á todas las partes del mundo cristiano, supo con tanto dolor como sorpresa que en el centro mismo del catolicismo la mayor parte de la Cerdeña permanecia aun idólatra, y que casi todos los habitantes del campo de esta isla yacian sepultados en las tinieblas del paganismo. Escribió con este motivo á todos los nobles y á todos los propietarios de las tierras, representándoles con la mayor energía que la Providencia no habia sujetado á ellos esta clase de hombres sino para que les procurasen bienes eternos por los servicios temporales que de ellos recibian.

Exhortó con mucho mas vigor á Genaro, obispo de Cagliari y metropolitano de la provincia, quejándose de que los esclavos de su propia iglesia, como otros muchos, viviesen sepultados en las mismas tinieblas. «¿De qué me sirve, dice (1), el exhortaros á que alivieis á los estraños si mi-

(1) Lib. 3 Epist. ep. 30.

(2) Id. 4, ep. 34.

(1) Lib. 3 Epist. ep. 36.

rais con negligencia la conversion de los vuestros? Tengan pues entendido todos los obispos que si yo descubro alguno que tenga un solo vasallo idólatra, egerceré con él toda la severidad que merece el pastor mercenario. Los extranjeros que estaban por convertir y de quienes hace mencion aquí el Papa, eran los pueblos de la isla llamados barbaricinos, cuyo gefe llamado Hospiton habia sido ya bautizado. Para trabajar en su conversion envió fervorosos misioneros el celoso Pontífice, y los recomendó á Hospiton y al comandante romano. Reprendió tambien al obispo de Cagliari, hombre por otra parte bastante blando, por haber echado una excomunion á una persona distinguida á causa de las injurias que le habia hecho. Enseñanos con este motivo que los cánones vedaban á los obispos emplear los anatemas de la Iglesia por sus intereses personales. Amonesta con fervor á este obispo á que trabaje en la salvacion de los esclavos de la Iglesia, y le aconseja que á los que se obstinen en la infidelidad les imponga algunas cargas que les induzcan á abrazar la razon, pero sin violentarlos. Si es permitido instar hasta cierto punto en las conversiones, ó por mejor decir, remover los obstáculos, no se debe jamás emplear la tiranía.

Era enteramente contrario al genio prudente y moderado de tan gran Pontífice cualquier acto violento. Habiendo pasado á Roma algunos judíos de la misma ciudad de Cagliari, á quejarse de que uno de ellos nuevamente convertido se habia apoderado de su sinagoga en la mañana siguiente al día de su bautismo, reprobó el Pontífice este imprudente fervor, y al punto ordenó que se quitase de aquel lugar la cruz y la imagen de la Virgen que ya se habia colocado, y que restituyesen el edificio á los judíos despues de haberle repuesto en su primer estado. Preciso es usar con ellos, escribia entonces al obispo Genaro, de una modera-

cion que los atraiga edificándolos y no de una impetuosidad que los exarcerbe violentándolos; pues escrito está: *os ofrezaré un sacrificio voluntario*. Deben siempre, añade, ganarse los infieles y atraerlos á la Religion cristiana con las exhortaciones y la edificacion de la caridad, y no alejarlos con las amenazas y el terror.

A los administradores del patrimonio de la Iglesia romana en Sicilia, les escribió en los términos siguientes acerca de los judíos que existian en aquellas tierras y que rehusaban convertirse. «Mi parecer es que envíeis cartas á todas partes, y prometais lisa y sencillamente en mi nombre que se minorará el tributo á todos los que se conviertan; de modo que al que paga un sueldo de oro, se le perdonará la tercera parte, y el que pague tres ó cuatro, pagará uno menos. No receleis que esta disminucion de nuestras rentas sea una pérdida. Si los padres no se convierten sinceramente, á lo menos los hijos recibirán el bautismo con mejores disposiciones (1).» Esta era la consecuencia práctica de los principios de San Gregorio para atraer al cristianismo sin violencia. Desagradábale tanto el celo tiránico, que escribió tambien á las Galias á los obispos de Arlés y Marsella, con motivo de las quejas que habian dado muchos judíos, de que en aquel pais de comercio se bautizaba un gran número de los suyos mas por fuerza que por convencimiento (2).

Regia entonces San Virgilio la iglesia de Arlés, despues de haber sido abad de San Sinforiano de Autun. Habia nacido en Aquitania de una familia distinguida, y renunció grandes posesiones para vestir el hábito de monge en Lerins. El Papa le otorgó como á sus predecesores el vicariato de las Galias y el pálio. Estendíase este vi-

(1) Lib. 4, ep. 6.

(2) Ib. 1, ep. 45.

cariato á todos los Estados de Childeberto, que ademas de su propio patrimonio sucedió, como se ha visto, al rey Gontrano, y reinó hasta muy adentro de la Germania. Por lo demás, este derecho debia egercerse, conforme á la carta del Santo Papa, sin perjuicio de los metropolitanos. «Pero si algun obispo, añade, quiere viajar, no podrá hacer el viage sin vuestro permiso. Si se suscita alguna cuestion de fé ó algun otro negocio difícil, reunireis doce obispos para juzgarlo; y si no puede decidirse de este modo, nos remitireis el proceso.»

Escribió San Gregorio otra carta aun mas importante á San Virgilio, y al mismo tiempo (porque era circular) á Siagrius de Autun, á Eterio de Leon, y á Didier de Viena, prelados todos los mas distinguidos de las Galias (1). Su objeto era reformar algunos abusos; y el abad Ciriaco, portador de la carta, debia ser tambien el promotor de la reforma. Se trataba en primer lugar de la simonia en la colacion de las órdenes sagradas: abuso tanto mas peligroso, cuanto se hacia menos escrupulo de él, con pretexto de que el dinero adquirido por este medio se empleaba en buenas obras. Con este motivo el Santo Pontífice inculca fuertemente ser propio de una piedad falsa y reprobada hacer materia de su caridad los bienes mal adquiridos; y que una cosa es hacer limosna para redimir sus pecados, y otra cometer pecados para hacer limosna.

Despues se esplica enérgicamente contra las ordenaciones precipitadas, y afirma que confiriendo el episcopado á los legos que no han ejercido todas las órdenes inferiores, se viola la prohibicion que hace San Pablo de ordenar á un neófito; «porque, dice, hay que tener ahora por neófito al que es nuevo en el hábito de religion, esto es,

(1) Lib. 4, ep. 50.

en el hábito ó vestido eclesiástico.» De aquí se infiere, que despues del establecimiento de las naciones bárbaras conservaron los eclesiásticos la toga romana ó el hábito largo, y que por el vestido lego que les estaba prohibido se daban á entender los vestidos cortos y ligeros de aquellos pueblos que todos eran guerreros y cazadores. Recomienda tambien San Gregorio la celebracion de los Concilios. «Bien sabeis, dice, que los cánones mandan celebrarlos dos veces al año; pero si hay algun obstáculo, queremos que sin escusa alguna se tengan al menos una vez al año. Principiad congregando uno para la reforma de todos estos abusos con la diligencia del obispo Siagrius y del abad Ciriaco, despues de lo cual Siagrius nos enviará la relacion por mano de este abad.»

Se tendrá tal vez por cosa estraña que el obispo de Autun sea al parecer preferido aquí á los de Arlés y de Lyon; mas el Papa conocia lo útil que Siagrius podia ser á la Iglesia, á causa del afecto particular con que le honraban los reyes de Francia y la reina Brunequilda. Por otra parte queria reconocer los buenos oficios de este obispo en la conversion de los ingleses. Por solo este motivo le concedió el pálio, lo que solicitaba ya mucho tiempo antes aquel obispo; mas para honrar su Silla no menos que su persona, otorgó á la iglesia de Autun el primer lugar en la provincia, despues de Lyon que es su metrópoli.

Algunos años antes habia tenido la iglesia de Autun el honor de dar en su diácono Eustasio un digno sucesor á San Sulpicio Severo, arzobispo de Bourges, que se venera el 29 de enero, y no debe confundirse con San Sulpicio el Piadoso, que ocupó despues la misma Silla. Florecia por el mismo tiempo el abad San Iriez, célebre en aquella provincia por la generosidad del sacrificio que hizo á Dios de todas las como-

didades de un nacimiento ilustre y por el esplendor de sus milagros (1).

Entre el gran número de sus discípulos se distinguió particularmente el diácono San Vulfaico, como el único ejemplo indudable, ó bien conocido, de la vida de los estilitas en Occidente (2). Despues de haber aprendido los sólidos principios de la disciplina regular con el abad Iriez, se fué al pais de Tréveris, cerca del castillo de Ivois, y edificó un monasterio en un monte vecino. Allí hizo levantar una columna sobre la que vivió mucho tiempo de pie y descalzo. Por mas grandes que fuesen la robustez y fuerza del temperamento de este nuevo Simeon, lombardo de nacimiento, no pudo superar el rigor del clima. Hizole el frio caer muchas veces las uñas de los pies; pero nada le hacia desmayar y tuvo el consuelo de lograr que abjurasen la idolatría los pueblos vecinos, que corrian en tropel á ver este singular espectáculo. Poseían un ídolo gigantesco de Diana, y en toda la estension de aquellos dilatados bosques se le tenia en gran veneracion con el nombre de Diana de Ardena. Tanto logró Vulfaico con sus exhortaciones y sus ruegos, que los indujo primero á hacer pedazos sus idolillos, y por último á destruir el grande y hacerle añicos. Sin embargo, los obispos dijeron al estilita: «no debeis pretender imitar al gran Simeon de Antioquia, porque la diferencia de climas no permite hagais semejante vida. Descended de vuestra columna y habitad con los hermanos que habeis reunido.» Persuadióle al punto su humildad que era mejor la obediencia que el sacrificio. Bajó de la columna, vivió con los otros é hizo conocer de este modo á todos, que solo habia sido guiado por el espíritu del Señor para la sal-

(1) Gregor. Turon. de Glor. Conf. cap. 9.
(2) Id. lib. 8 hist. cap. 15.

vacion de un pueblo bárbaro, en el que causaban grande impresion estas admirables austeridades.

El monasterio de Santa Radegunga ofreció por el mismo tiempo un espectáculo no menos extraordinario, pero muy distinto, en la escandalosa rebelion de la religiosa Crodielta, hija del rey Chereberto. Despechada por no haber conseguido la dignidad de abadesa, huyó de su convento con Basina, su prima hermana, hija del rey Chilperico, y con cerca de otras cuarenta religiosas que habia atraído á su rebelion (1). Merveo, obispo de Poitiers, habia hecho los mayores esfuerzos para contenerlas; pero rompiendo puertas y barreras dieron mas publicidad y escándalo á su desercion, que se verificó por el mes de febrero, con un temporal cruel, despues de lluvias inmensas que habian anegado los caminos; mas esto no obstante, estas doncellas naturalmente timidas y tan delicadas caminaban á pie y sin carruage alguno, y sin una sola bestia de carga para trasladar las cosas mas necesarias, pues en todas partes les negaban socorro y víveres como á unas apóstatas. Despues de algunos dias de una fatiga escesiva, llegaron á Tours, en el estado mas deplorable. Rogólas encarecidamente el Santo obispo Gregorio no destruyesen lo que habia costado tantos trabajos á Santa Radegunda: les dió palabra de ser su mediador, y ofreció arreglar todas las cosas á su gusto con el obispo de Poitiers. «No, dijo la altiva Crodielta, no trataremos con nuestros tiranos: queremos ir á ver á los reyes de nuestra familia para hacerles saber la injuria que reciben en nuestras personas, á fin de que unas miserables nacidas para ser nuestras esclavas sean castigadas como se debe, por haber tratado ellas mismas como siervas á las hijas de reyes.» Lo único

(1) Gregor. Turon. lib. 10 hist. cap. 1 et seq.

que el obispo pudo conseguir fué el detenerlas durante la mala estacion, pues creia que pasado algun tiempo se tranquilizarian; mas la orgullosa Crodielta partió para la corte luego que el tiempo no fué tan cruel, y dejó en Tours con Basina el resto de aquellas virgenes fugitivas.

Recibióla con cariño el rey, y resolvió congregiar una junta de obispos para que conociesen de su causa. Mientras se juntaba este Concilio, regresó Crodielta á reunirse con sus religiosas, de las que durante su ausencia se habia logrado reducir algunas. Recelosa de una desercion mas considerable, reunió una multitud de vagabundos y malvados, regresó con precipitacion á Poitiers, se fortificó en la iglesia de San Hilario como en una plaza de armas, desde donde cometió las mayores violencias contra su propio monasterio y aun contra los obispos. Pasó á Poitiers Gundegisilo, arzobispo de Burdeos y metropolitano de la provincia, con algunos de sus sufragáneos para poner un término al escándalo. Estos prelados se vieron obligados á emplear los anatemas de la Iglesia como el último remedio de la obstinacion; y Crodielta y las religiosas que se habian mantenido en la apostasia, se lanzaron á los atentados mas sacrilegos. Interin los obispos permanecian en la iglesia, los bandidos pagados por ellas se arrojaron con palos en las manos, descargaron muchos golpes á los prelados, derribáronlos en tierra, derramaron la sangre de los diáconos y de los clérigos, y aun asesinaron á algunos. A la siguiente noche el monasterio fué sitiado y forzado.

Buscaba principalmente Crodielta á la abadesa Leuvera, con todo el furor de una muger que toma sobre su rival una preponderancia largo tiempo disputada. Arrebataron, pues, á Leuvera, aunque gravemente enferma, y la encarcelaron en la casa que habitaba Basina, paladeán-

dose con el placer de hacerla sufrir todas las invenciones de una venganza meditada. Luego saquearon el monasterio, y no dejaron en él sino lo que no podian llevar. La corte, noticiosa de estas violencias, dió las órdenes mas rigorosas; y en su consecuencia el conde de Poitiers atacó á la tropa sediciosa, libró de estos bandidos el monasterio donde se habian acantonado, y les castigó con suplicios ejemplares, cortando las manos á unos y á otros la nariz y las orejas, y todos fueron castigados ó descipados. El terror y la rivalidad introdujeron la discordia aun entre las religiosas sublevadas. Crodielta queria dominar con imperio: Basina, orgullosa con el mismo nacimiento, no queria sujetarse; y teniendo cada una sus protegidas, formaron dos partidos. Mas en breve se dispersaron la mayor parte de las religiosas, algunas en casa de los parientes ó en las suyas, y otras en las comunidades en donde primero se habian educado.

Luego que se restableció la calma por la autoridad secular, escucharon los obispos las acusaciones que tanto se habian vociferado contra la abadesa legítima. Las rebeldes no tenian mas derecho en la sustancia que en el modo. Obligáronlas á que pidiesen perdon á su superiora y reparasen el escándalo y los daños cometidos; ellas lo rehusaron con mas escándalo, amenazando altamente que asesinarían á la abadesa, la cual sin embargo fué restablecida en el gobierno de su monasterio. Por último, esta contienda escandalosa se terminó en el Concilio que se celebró en Metz el mismo año 590, donde Crodielta y Basina lograron la absolucion. Postrada Basina ante los obispos, pidió perdon ofreciendo reconciliarse con su abadesa y tornar á su monasterio; pero la imperiosa Crodielta protestó que no regresaria á él mientras permaneciese allí Leuvera: se intercedió por